

LA BATALLA DE LOS EUROCOMUNISMOS

EDUARDO HARO TECLEN

LOS tres "eurocomunismos" latinos están sufriendo en estos momentos una crisis de situación. Los factores externos que la producen son prácticamente los mismos, pero las situaciones son muy distintas en Francia, en Italia y en España, como corresponde a la distinta formación, historia y forma de lucha de cada uno de esos partidos; y a las distintas condiciones de cada uno de esos países.

Los factores externos son, en primer lugar, la presión de Estados Unidos (véase en página 7 el editorial "El mensaje imperial de Carter. Una cuestión de independencia nacional"), que se manifiesta directamente en una acción dentro de cada país y una serie sucesiva de declaraciones internacionales; y en juego de acciones y amenazas dentro de organismos intereuropeos como son la OTAN y el mismo Mercado Común. En segundo lugar hay una reacción de las fuerzas conservadoras de cada país y de los Gobiernos que representan altos intereses de capital. En tercer lugar, un miedo de la izquierda no comunista a que el eurocomunismo llegue a suplantar sus programas y quitarle su "clientela". Cuando el PCE se refiere a la existencia actual de una "campana antipartido" está recogiendo, sin duda, este recrudescimiento de la situación crítica. Hay, finalmente, el asunto de la Unión Soviética y su enfrentamiento con los eurocomunismos, que dirige de una manera preferencial al PCE por algunas razones: porque lo considera más débil en militantes que otros, porque lo considera más en punta que otros, porque no quiere que se rompa el "status quo" en Europa en un momento en que tiene en gran peligro sus amplias fronteras asiáticas, por miedo a que el eurocomunismo prenda en los países del Este y en su propio país, porque intenta llegar a acuerdos con los Gobiernos europeos y desea profundizar las diferencias que existen entre los partidos comunistas y ellos mismos; por un complejo de cuestiones, a veces contradictorias entre sí —como pasa siempre en política, comunista o no—, pero que dan esa resultante. Es difícil, de todas for-

mas, considerar la crisis de relaciones de los eurocomunismos con la Unión Soviética como un factor exclusivamente externo; por cuanto influye en los mismos militantes y contribuye a la división del movimiento comunista internacional en "grupúsculos". Alguno de ellos puede emerger.

La crisis situacional de cada uno de los tres grandes partidos comunistas europeos presenta grandes diferencias entre sí. El PCF ha tenido siempre, dentro del movimiento eurocomunista, el papel más conservador. Hay, sin duda, razones históricas: el partido francés ha estado muy unido al soviético a lo largo de los años, probablemente más que ningún otro. Hay una profunda relación sentimental, que es un factor que no conviene olvidar. Hay una profunda relación de guerra. Ha sido también llevado a posiciones muy defensivas a lo largo de la guerra fría, y tiene una mayor desconfianza hacia los Estados Unidos. La tiene por las otras fuerzas de izquierda, con las que llegó a formar el frente popular de 1935, pero que le abandonaron y le atacaron durante la guerra fría: especialmente el partido socialista. El Partido Socialista Francés de Mitterrand no es el mismo de Guy Mollet, ni mucho menos; es un partido rehecho, mucho más abierto y mucho más a la izquierda. Pero los reflejos de defensa típicos del comunismo son muy duraderos. Aparte de estos factores históricos, hay otros que reflejan el momento actual. En primer lugar, el partido comunista francés ha ido al "programa común" de los socialistas con un miedo que éstos no han conseguido quitarle —incluso han querido jugar con esa posibilidad para acentuar su posición—, que es el de que en un momento dado los socialistas busquen una alianza con el centro o la derecha moderada, y un "modus vivendi" con Giscard. En la posición propia del PCF han podido representar un papel importante algunos ejemplos recientes: el desastre final de la Unidad Popular de Allende, la imposibilidad de perforar las defensas anticomunistas y la creación de grupos importantes "a la izquierda del partido"

en Italia (los hay también en Francia, y son muy activos). Parece como si el partido francés se hubiera planteado la cuestión de que ganar las elecciones con los socialistas representa un riesgo mayor, para su identidad, que quedarse en la oposición: porque podían estar digeridos por los socialistas, porque podría haber una reacción brutal por parte de las derechas apoyadas por Estados Unidos, porque podrían desgar-

tereses de la clase obrera: lo ha sido siempre el PCF, y podría perder ese papel si se entregase demasiado a las renuncias de un programa común y a una labor de gobierno que inevitablemente no podría destruir lo que existe, es decir, un régimen capitalista dependiente de los Estados Unidos. No hay que cargar sobre el PCF todas las responsabilidades de la ruptura del programa común; pero sí hay que saber que no ha hecho demasiado por conservarlo. Por lo menos, no ha hecho concesiones ni sacrificios que pusieran en crisis su identidad. Por ello, la clara intromisión del Presidente Carter al visitar a Mitterrand y a Fabre, y al considerar al primero como "beneficioso" y advertir a los dos de los riesgos de una alianza con los comunistas, el PCF ha hecho las



El PCI representa en la actualidad la única fuerza importante de la izquierda-parlamentaria, y la fuerza mayor en los municipios de aquella península. En la foto: Berlinguer junto al viejo dirigente histórico, hoy en la presidencia del partido, Luigi Longo.

tarse en un Gobierno que no consiguiera llevar a cabo sus propios principios (sobre todo, por la combinación de un Gobierno de unión de izquierdas con un presidente de la República de la derecha dentro de un régimen presidencialista). En el horizonte hay otra situación: la crisis social en Francia es muy intensa. El capitalismo ha realizado, como siempre, la operación de descargar la crisis económica sobre las clases menos favorecidas. Dentro de esa crisis social y económica, Francia necesita un partido fuerte de oposición que represente los in-

protestas de rigor, pero en el fondo tiene que haberse sentido satisfecho. Todo esto puede costar las elecciones a la izquierda, que ya no está unida. La derecha —Giscard, Barre— se ha radicalizado ahora en sus posiciones, hasta el punto de considerar como "naturales" las injerencias de Carter en Italia y mantener una política seca y dura contra la izquierda comunista y ultracomunista. El PCF lleva una política de más largo plazo. No son estas elecciones las que le interesan más. Quizá ante los ataques, ante la crisis, el PCF recupera más su



La crisis situacional de los tres grandes partidos comunistas europeos presenta grandes diferencias entre sí. En la foto: Berlinguer, Carrillo y Marchais, en la cumbre eurocomunista de Madrid.

identidad. Sin perder de vista las premisas del eurocomunismo.

En Italia la cuestión es distinta. El partido italiano es, probablemente, el precursor de lo que hoy se llama eurocomunismo, con sus antiguas teorías del pluricentrismo, o con el testamento de Togliatti. Es el más teórico en esta cuestión. Sus diferencias declaradas con la Unión Soviética son anteriores, dentro de una cortesía y de un protocolo. Actúa en un país mucho más desgastado que ningún otro de Europa occidental. El largo Gobierno de la Democrazia Cristiana, aparte de su defecto de origen —haber sido impuesto por los Estados Unidos y sostenido por los Estados Unidos—, ha perdido toda clase de credibilidad y se mantiene en pie —la verdad es que en este momento ni siquiera se mantiene en pie—; ha arrastrado en su desgaste al Partido Socialista. De la coalición llamada "centro-sinistra", que tantos años ha durado, el partido socialista italiano no ha sacado más que un abandono creciente de la masa obrera. El PCI representa en la actualidad la única fuerza importante de la izquierda parlamentaria y la fuerza mayor en los municipios del país. Sin embargo, está en una imposibilidad técnica de acceder al Gobierno, por la oposición de los Estados Unidos y de los organismos intereuropeos. Pero fuera del Parlamento existen fuerzas importantes. Además de las de la derecha, radicalizadas en los elementos posfascistas, que tienen grandes ayudas invisibles —desde el dinero del gran capital hasta una especie de no intervención tácita de los elementos represivos—, existen unas fuerzas importantes de la izquierda no parlamentaria. Los "izquierdistas" son más fuertes en Italia que en ningún otro país: tienen importantes medios de expresión y tienen organizaciones serias. Influyen sobre las centrales sindicales, donde se produce un desgaste del Partido Comunista. El PCI, con sus

numerosas tendencias interiores y sus divisiones siempre a punto de saltar, ha tenido que engancharse al carro del Gobierno, por el pacto del arco institucional: lo ha hecho con la esperanza de salvar al país del caos, y lo ha hecho también porque es la única manera posible de influir en el Gobierno de la nación. Lo cual le ha llevado a alienarse una parte de la clase trabajadora y a fortalecer los grupos de la izquierda y los disidentes en su interior. Puede en estos momentos de crisis de todas clases por las que atraviesa el país —enfrentamientos armados en las calles, represiones de todas clases, crisis de Gobierno, imposibilidad de continuar con el Parlamento actual, pero dificultad de unas nuevas elecciones; crisis social aguda, huelga general en puertos, disidencias sindicales, caos económico...— preguntarse si el eurocomunismo ha supuesto algo importante o no: por lo menos, pueden preguntárselo algunos de sus militantes más disconformes.

El caso del PCE no es para ser examinado aquí, en una crónica general. Pero es esencialmente distinto del fenómeno francés y del italiano. Su crisis con la URSS es probablemente más antigua, pero menos visible. Las razones del exilio y del trato sufrido por los españoles en la URSS ha podido crear una enemistad psicológica —dentro de un respeto a la revolución original y a lo que supone la existencia de un país comunista fuerte en el mundo— que se ha revelado tan pronto como el partido ha sido lo suficientemente fuerte como para independizarse. Se sabe cuáles son las respuestas de los comunistas prosoviéticos y su falta de peso, por el momento, en la vida nacional. Dentro de España, el partido comunista tenía una necesidad urgente de legalizarse y de señalar su identidad. Con una acción muy rápida y muy visible ha conseguido por esta vía superar muchos de los viejos reflejos y campañas

anticomunistas: si no ideológicamente, por lo menos asegurándose una no intervención de la fuerza o de la violencia para suprimirlo. Por otra parte, en el PCE hay una vieja semilla ideológica de la nueva forma democrática que llamamos eurocomunismo: ha fructificado y responde a la situación y las aspiraciones de muchos izquierdistas. A pesar de unos débiles resultados electorales —que, sin duda, serían hoy mejores si se repitiesen las elecciones—, ha conseguido un puesto de influencia en el país que es muy superior al que tienen, con muchos más afiliados y muchos más parlamentarios, los partidos comunistas de Italia y de Francia. No hay que excluir de todo ello el apoyo del Gobierno —apoyo con toda clase de reservas y con todas las posibilidades de escapatoria— por dos razones fundamentales: la necesidad de presentar al mundo su vestidura democrática, lo cual era imposible sin la legalización del PCE, y la esperanza de que una "alianza objetiva" permitiera garantizar el orden público y contener las protestas callejeras, lo cual le era imprescindible al presidente del Gobierno para ofrecer garantías a su propia derecha. Probablemente la rapidez de esta transformación —desde la clandestinidad hasta una influencia considerable en el país—, obra personal del señor Carrillo, ha podido llevar al partido a un triunfalismo y a un optimismo que son características psicológicas esenciales de todo partido comunista, probablemente desde Lenin. No es del todo ajeno este triunfalismo a una reacción que se está produciendo en este momento y que es descrita por el PCE como "campana antipartido", al mezclarse con otras cuestiones anecdóticas y circunstanciales, que no dejan de ser aprovechadas. Está claro que para el Gobierno el partido puede ser útil, a condición de que se mantenga en unos límites; está claro que para la izquierda general es un partido

imprescindible, siempre que no entre en lo que se llama sus espacios políticos, siempre que no crezca demasiado. Si la campaña de Estados Unidos lleva a un nuevo anticomunismo a las clases dirigentes, si la de la Unión Soviética puede apartar militantes, si el pacto de la Moncloa puede ser explotado en el sentido de que no protege a la clase obrera y si las fuerzas de la izquierda ven un peligro rival donde sólo veían hasta ahora un partido pequeño que les justificaba, ya tenemos toda la profundidad de la crisis o de la "campana antipartido". La reacción del partido comunista está siendo dura y militante. Puede llevarle en algún momento a confundir amigos y enemigos.

Este parece ser el punto actual de la crisis del eurocomunismo. ¿Crisis de crecimiento? Reduciendo de nuevo los factores esenciales de cada uno de los países en que la crisis se produce a hechos comunes, se trata de una crisis clásica: los conservadores y los imperialistas no distinguen entre eurocomunismo y comunismo a secas; las izquierdas marxistas y no marxistas, pero no comunistas, ven en él el riesgo de hegemonía que siempre han visto. Y los partidos comunistas no parece que estén respondiendo con reflejos nuevos, sino con los reflejos de siempre.

La penetración de ideas nuevas en el mundo político es siempre muy difícil. Las ideas nuevas que comporta el eurocomunismo —aunque su nombre sea tan poco afortunado— no penetran con facilidad en las murallas mentales elaboradas durante muchos años, y en muchos casos sus dirigentes no saben ver con el espíritu abierto y democrático que son ya su norma y su doctrina los mismos movimientos políticos en los que están incluidos. Puede decirse que es un momento trascendental para las ideas que ha aportado al mundo occidental el eurocomunismo, y para las que podría aportar al mundo del Este, que forma otra muralla infranqueable. Puede acabar aquí, y volver a posiciones de dureza, como consecuencia de las presiones exteriores —no otra cosa ha pasado en todas las revoluciones: desde la de 1917 a la de Cuba, pasando por la de China o la de Indochina, que se han visto obligatoriamente modificadas por su conversión inevitable en "comunismos de guerra"—, o puede saber salir del círculo vicioso clásico. Es el momento que requiere mayor habilidad y mayor seguridad en sí mismos de los dirigentes y de los militantes. En Francia y en Italia como en España: aunque los casos sean tan distintos. ■